

CAPITULO XIV

San Carlos, Chiloé.—El Osorno en erupción al mismo tiempo que el Aconcagua y el Coseguina.—Excursión á Cucao.—Bosques impenetrables.—Valdivia.—Indios.—Temblor de tierra.—Concepción.—Gran terremoto.—Rocas partidas.—Aspecto de los pueblos antiguos.—El mar se pone negro y empieza á hervir.—Dirección de las vibraciones.—Piedras torcidas.—Inmensa ola.—Elevación permanente del suelo.—Area de los fenómenos volcánicos.—Relación entre las fuerzas eruptivas y las fuerzas elevadoras.—Causa de los terremotos.—Elevación lenta de las cadenas de montañas.

Chiloé y Concepción.—Gran terremoto.

El 15 de Enero de 1835 salimos del puerto de Low y tres días después echamos anclas por segunda vez en la bahía de San Carlos, en la isla de Chiloé. Durante la noche del 19 se pone en erupción el volcán de Osorno. Observa el centinela, á media noche, algo parecido á una gran estrella que á cada instante aumenta de tamaño, y á las tres de la mañana presenciarnos el más soberbio espectáculo. Por medio del antejo vemos, en el centro de espléndidas llamas rojas, objetos negros proyectados al aire sin cesar y que caen después. La luz es tan intensa, que ilumina el mar. Parece que los cráteres de esta parte de la cordillera dejan escapar con frecuencia masas de materias en fusión. Me aseguran que durante las erupciones del Corcovado han sido lanzadas á inmensa al-

tura en el aire grandes masas que estallaban después, ofreciendo las formas más fantásticas. Deben ser, en efecto, de gran tamaño esas masas, puesto que se las distingue desde las alturas situadas detrás de San Carlos, situado á 93 millas (150 kilómetros) del Corcovado. A la mañana recobra el volcán su tranquilidad.

Mucho me sorprendió saber más tarde que en Chile, el Aconcagua, situado 480 millas (772 kilómetros) más al Norte, había entrado en erupción la misma noche, y más aún me admiró saber que la gran erupción del Coseguina (2.700 millas, 4.344 kilómetros al Norte de Aconcagua) acompañada de temblor de tierra que se hizo sentir en un radio de 1.000 millas, había tenido lugar seis horas después. Es tanto más notable esta coincidencia cuanto hacia veintiséis años que el Coseguina no había dado señales de actividad; y una erupción del Aconcagua es cosa muy rara. Difícil es aventurarse ni siquiera á conjeturar si esa coincidencia es accidental ó si hay que ver en ella la prueba de una comunicación subterránea. No dejaría de considerarse como coincidencia notable que el Vesubio, el Etna y el Hecla, en Islandia (relativamente más próximos entre sí que los volcanes de América que acabo de citar), hubiesen tenido una erupción en la misma noche, pero es mucho más sorprendente en América del Sur, donde los tres volcanes forman parte de la misma cadena de montañas y donde las extensas llanuras que limitan la costa oriental y las conchas recientes, levantadas en una longitud de más de 2.000 millas (3.220 kilómetros) en la costa occidental, demuestran la igualdad con que han obrado las fuerzas elevadoras.

Deseando el capitán Fitz-Roy tener datos exactos

acerca de algunos puntos de la costa occidental de Chiloé, hemos convenido en que me dirija yo á Castro con Mr. King, y que desde allí atravesemos la isla para ir á la Capilla de Cucao situada en la costa occidental. Nos proporcionamos un guía y caballos y nos ponemos en camino el 22 por la mañana. Tan pronto como emprendimos la marcha se nos unen una mujer y dos niños que hacían el mismo viaje. En este país, único de Sudamérica en que se puede viajar sin necesidad de llevar armas, pronto se hacen amistades. En un principio se suceden sin interrupción colinas y valles, pero á medida que nos aproximamos á Castro se presenta el terreno más llano. El camino es por sí mismo muy curioso: en toda su longitud, á excepción de algunos trozos anchos, consiste en grandes tarugos de madera, unos anchos y colocados longitudinalmente y otros muy estrechos transversales. En verano no está muy malo este camino, pero en invierno, cuando la madera se pone escurridiza con la lluvia, es muy difícil viajar.

En esta época del año se empantanaban ambas orillas del camino, que también suele estar cubierto de agua, y hay que asegurar los tarugos longitudinales atándolos á postes ó estacas clavados en el suelo á cada lado de la vía. La caída del caballo es, por lo tanto, muy peligrosa por el riesgo de caer sobre los postes; bien es verdad que la costumbre de circular por estos caminos ha hecho muy activos á los caballos de Chiloé; y es muy curioso ver con qué agilidad y qué seguridad en el golpe de vista saltan de un poste á otro cuando faltan tarugos intermedios. Grandes árboles forestales cuyos troncos enlazan plantas trepadoras forman verdaderas murallas á los lados del camino. Cuando puede verse una extensión larga de estas

avenidas constituye un espectáculo curioso por su misma uniformidad: la línea blanca formada por los tarugos parece que se estrecha hasta desaparecer ocultándose en las sombrías profundidades del bosque, ó termina por un zig-zag cuando trepa por una colina.

Aunque en línea recta no hay más que doce leguas desde San Carlos hasta Castro, ha debido ser muy dificultosa la construcción de este camino. Me han asegurado que muchas personas morían antiguamente al querer atravesar el bosque. El primero que logró realizar este viaje, abriéndose paso hacha en mano fué un indio, y tardó ocho días en volver á San Carlos. El gobierno español le premió concediéndole varios terrenos. Muchos indios vagan por el bosque durante el verano, pero en los lugares más altos de la isla, donde es menos densa la espesura; van en busca de toros medio bravios que se alimentan de hojas de caña y de algunos árboles. Uno de estos cazadores fué quien descubrió por casualidad, hace algunos años, la tripulación de un buque inglés que se había perdido en la costa occidental; se les agotaban ya las provisiones y es muy posible que sin el auxilio de este hombre no hubieran logrado salir jamás de aquellos bosque casi impenetrables; todavía murió un marinero de consancio durante el camino. Los indios regulan su marcha, durante esas excursiones, por la posición del sol, de tal manera que cuando está el cielo cubierto se ven obligados á detenerse.

Hace un tiempo hermoso; muchos árboles cargados de flor perfuman el aire; casi no basta esto para disipar el triste efecto que causa la humedad de estos montes. Los numerosos troncos de árboles muertos, derechos como otros tantos esqueletos, da siempre á estos bosques vírgenes un carácter de solemnidad que

tiende el bosque sin interrupción. Con nosotros habían embarcado una vaca. Hacer entrar un animal tan grande en una embarcación tan pequeña parece á primera vista empresa difícil; y, sin embargo, hay que confesarlo, los indios la realizan en un minuto. Acercan la vaca al borde de la periagua, le colocan bajo el vientre dos ramas, cuyos extremos se apoyan en el borde; con estas palancas derriban al animal con la cabeza hacia abajo y las patas en alto en la canoa, y allí la sujetan con cuerdas. En Cucao encontramos una choza deshabitada, que es la residencia del cura cuando viene á visitar esta capilla; nos apoderamos de esta habitación, encendemos lumbre y cocemos nuestra cena, hallándonos muy á gusto.

El distrito de Cucao es el único punto habitado de toda la costa occidental de Chiloé. Tiene treinta ó cuarenta familias indias diseminadas en cuatro ó cinco millas de costa. Estas familias están tan separadas del resto de la isla, que apenas tienen comercio; sólo venden un poco de aceite de foca. Los indios fabrican por sí mismos sus trajes y van bien vestidos; tienen alimentos en abundancia, y, sin embargo, no parece que están satisfechos. Son tan humildes como es posible serlo, sentimiento que proviene, creo, en gran parte de la dureza y aun brutalidad de las autoridades locales. Nuestros acompañantes, muy atentos con nosotros, trataban á los indios como esclavos, no como hombres. Les mandaban traer provisiones y entregarnos sus caballos sin dignarse decirles lo que se les pagaría y ni siquiera si se les pagaría. Habiéndonos quedado solos una mañana con uno de estos pobres hombres, no tardamos en hacer amistad, dándoles cigarros y mate. Se repartieron con mucha igualdad un terrón de azúcar y lo saborearon con la mayor curiosidad.

Después nos expusieron sus numerosos motivos de queja, acabando por decirnos: «Nos tratan así porque somos unos pobres indios ignorantes; no sucedía esto cuando teníamos un rey.»

A la mañana siguiente, después de almorzar, vamos á visitar Punta Huantamó, situada algunas millas más al Norte. El camino sigue á lo largo de una amplísima playa, en la que, á pesar de tan larga serie de días buenos, rompe la mar con furia. Me han dicho que durante las tempestades grandes, los bramidos del mar se oyen de noche en Castro, que se halla á 20 millas marinas de distancia y en país montañoso y de bosque. Tan malos son los caminos, que nos cuesta gran trabajo llegar al punto que deseamos visitar; desde que cubren los árboles la senda que recorreremos, se convierte en verdadero pantano. Punta Huantamó es un magnífico montón de rocas, cubiertas de una planta muy afin, creo, á la *Bromelia*, á la que los naturales llaman *Chepones*. Nos destrozamos horrorosamente las manos, trepando por estas rocas, lo que no me impide reirme del mucho cuidado que nuestro guía pone en defender su pantalón, creyendo sin duda que el traje es más delicado que la piel. La planta citada tiene un fruto muy parecido á la alcachofa, que encierra muchos granos pulposos, muy estimados aquí por su sabor azucarado y agradable. En el puerto de Low emplean este fruto para hacer *chichi* ó sidra; pues, como decía Humboldt, en casi todo el mundo encuentra el hombre medio de preparar bebidas con los vegetales. Creo, sin embargo, que los habitantes de la Tierra del Fuego y de Australia no han llegado todavía á ese grado de civilización.

En el Norte de Punta Huantamó se hace cada vez más abrupta la costa, y se halla, además, festoneada

por numerosos arrecifes en los cuales se estrellan las olas constantemente. Si fuese posible nos gustaría volver á pie á San Carlos siguiendo esta costa; pero nos aseguran los mismos indios que el camino es impracticable. Añaden que se va algunas veces directamente á San Carlos desde Cucao por el bosque, pero nunca por la costa. En esas expediciones comen los indios trigo tostado, y sólo dos veces al día.

26 de Enero.—Volvemos á embarcar en la periagua y atravesamos el lago tomando de nuevo los caballos. Los habitantes de Chiloé aprovechan esta semana de buen tiempo extraordinario para quemar los montes; por todas partes se ven nubes de humo; pero aunque cuidan de prender fuego por varios puntos á la vez, no llegan á producir nunca un gran incendio. Comimos con nuestro amigo el comandante, y no llegamos á Castro hasta muy entrada la noche. A la mañana salimos muy temprano, y después de una etapa bastante larga llegamos á la cima de un cerro desde donde se da un espectáculo raro en este país: se extiende la vista sobre el bosque. Por encima del horizonte de los árboles se alza, en toda su hermosura, el volcán de Corcovado, y otro volcán de vértice plano algo más al Norte, no pudiendo distinguir apenas otro pico de la gran cadena. Jamás se borraré de mi memoria el recuerdo de este espectáculo admirable. Pasamos la noche al aire libre, y al día siguiente por la mañana llegamos á San Carlos. Y ya era tiempo, porque aquella misma tarde comenzó á llover á mares.

4 de Febrero.—Nos damos á la vela. Durante la semana última de nuestra estancia en Chiloé había yo hecho algunas excursiones cortas. Entre otras fué una, examinar una gran capa de conchas, pertene-

cientes á especies todavía existentes, situada á 350 pies sobre el nivel del mar. En medio de estas conchas crecen ahora árboles inmensos. Otro día fui á Punta-Huechucucuy. Llevaba por guía á un hombre que conocía demasiado bien el país; no atravesábamos un arroyo, un ancón ó una lengua de tierra sin que me diese con grandes detalles el nombre indio del lugar. Lo mismo que en la Tierra del Fuego, parece que el lenguaje de los indios se adapta admirablemente para designar los más ínfimos caracteres del paisaje. Todos estamos muy contentos de despedirnos de Chiloé, sin embargo de que sería una encantadora isla si las continuas lluvias no engendrasen en ella tanta tristeza: hay un dejo muy simpático en la sencillez y humilde cortesía de sus pobres habitantes.

Seguimos costearo hacia el Norte, pero hace tan mal tiempo que no podemos llegar á Valdivia hasta la tarde del 8. A la mañana siguiente nos conduce una canoa á la población, que se encuentra á 10 millas (16 kilómetros) del puerto. Subiendo por el río vemos de cuando en cuando chozas y campos cultivados que interrumpen la monotonía del monte; también de vez en cuando encontramos una canoa que lleva una familia india. Situada la ciudad en un llano á orillas del río, está tan perfectamente encerrada en un bosque de manzanos, que las calles son verdaderos senderos de una huerta. En ninguna parte he visto lugar en que se dé mejor el manzano que en esta región húmeda de la América meridional; á los lados de las calles se ven filas de árboles de esta clase que sin duda se han sembrado por sí mismos. Los habitantes de Chiloé tienen un medio muy cómodo para hacerse una huerta. En el extremo inferior de casi to-

das las ramas hay una parte cónica, parda y rugosa, siempre dispuesta á convertirse en raíz, como puede verse cuando salta por accidente á las ramas inferiores un poco de barro; pues bien, á principios de la primavera escogen una rama del grueso del muslo de un hombre, la cortan exactamente por encima de un grupo de puntos de esos, le quitan todos los otros brotes y la entierran á profundidad como de dos pies. Durante el verano inmediato produce esta raíz largos tallos que á veces llevan fruto: uno me han enseñado que tenía 23 manzanas. Pero lo extraordinario es que al cabo de tres años se ha convertido aquella raíz en un hermoso árbol cargado de fruto, como lo he visto yo mismo. Un anciano que vive cerca de Valdivia, me decía: «Necesidad es la madre del invención», y me lo probaba contándome todo lo que él hacía con sus mazanas. Después de haber hecho sidra, y hasta vino, destilaba la pulpa para proporcionarse aguardiente blanco de muy buen gusto; por otro procedimiento obtenía melaza, ó miel como él la llamaba. Durante la estación productiva, ni sus hijos ni los cerdos salían de la huerta; porque encontraban en abundancia con qué alimentarse.

11 de Febrero.—Salgo acompañado por un guía, á hacer una excursión, durante la cual no aprendo cosa que merezca la pena ni sobre la geología del país, ni acerca de sus habitantes. Cerca de Valdivia hay pocos terrenos cultivados; después de atravesar un río á pocas millas de distancia, entramos en el monte sin encontrar más que una miserable choza antes de llegar al punto en que debíamos pasar la noche. La pequeña diferencia de latitud, 150 millas (249 kilómetros), basta para dar al bosque aspecto muy distinto, comparándolo con las selvas de Chiloé. Resulta la di-

ferencia de la distinta proporción en las varias especies de árboles. Los de hoja perenne no son aquí ya tan numerosos, lo que hace el follaje menos sombrío. Del mismo modo que en Chiloé, se entrelazan los juncos alrededor de la parte baja de los troncos, pero se nota aquí otra especie de junco muy parecido al bambú del Brasil, que alcanza hasta 20 pies de altura; éste bambú crece por grupos y adorna de un modo maravilloso las orillas de algunos riachuelos. Los indios se valen de esta planta para construir sus *chusos* (chuzos ó lanzas). Está tan sucia la choza en que debíamos pasar la noche, que prefiero acostarme á cielo abierto; en éstas expediciones la primera noche que se pasa fuera es muy desagradable por regla general, porque no se está acostumbrado al zumbido y picaduras de las moscas. Por la mañana seguramente no podía encontrarse en mis piernas un pedazo del tamaño de una peseta que no estuviese cubierto de picaduras.

12 de Febrero.—Proseguimos nuestro viaje á través de la espesa selva; de vez en cuando encontramos un indio á caballo ó una recua de mulos que llevan tablas y trigo de los llanos del Sur. Por la tarde dominamos la cumbre de un cerro desde donde se goza de la hermosa vista general de *Los Llanos*. Esta vista de tan grandes llanuras es un verdadero consuelo cuando se lleva tanto tiempo de estar envuelto, por decirlo así, en perpetua selva, cuyo aspecto acaba por resultar monótono. Esta costa occidental me recuerda con gusto los inmensos llanos de Patagonia, y sin embargo, con ese espíritu de contradicción de que no podemos librarnos, no puedo olvidar la sublimidad del silencio de la selva. Los Llanos forman la parte más fértil y poblada del país, porque tienen la inmensa

ventaja de estar casi por entero desprovistos de árboles. Antes de salir del bosque atravesamos algunos pequeños prados donde no se encuentra más que un árbol ó dos como en los parques ingleses. He notado con sorpresa muchas veces que en los distritos forestales y ondulados no crecen los árboles en los puntos llanos. Habiéndose cansado mucho uno de nuestros caballos, resuelvo detenerme en la misión de Cudico, con tanto más motivo, cuanto traigo una carta para el cura que allí reside. Cudico es un distrito intermedio entre el bosque y Los Llanos. Vense allí un gran número de parcelas con campos de trigo y de patatas, casi todas pertenecientes á indios. Las tribus que dependen de Valdivia son «reducidos y cristianos». Los indios que habitan más al Norte, hacia Arauco é Imperial, están todavía muy salvajes y no se han convertido al cristianismo, aunque no dejan por ello de tener muchas relaciones con los españoles. Me dice el cura que á los indios cristianos no les gusta mucho ir á misa, pero que no dejan de tener bastante respeto á la religión. Cuesta mucho trabajo hacerles observar las ceremonias del matrimonio. Los indios salvajes toman tantas mujeres como pueden alimentar, y un cacique tiene por lo común más de diez; al entrar en su casa se conoce con facilidad el número de sus mujeres por el de chozas separadas. Cada mujer vive por turno una semana con el cacique, pero todas trabajan para él, le hacen ponchos, etc. Ser esposa de un cacique es honor muy solicitado por las mujeres indias.

En todas estas tribus llevan los hombres un poncho basto de lana; al Sur de Valdivia usan pantalones cortos, y en el Norte un jubón parecido al chilipa de los gauchos. Todos envuelven sus largos cabellos en

una red, pero sin otro peinado. Estos indios son bastante altos, tienen los pómulos salientes, y por el conjunto de su aspecto se parecen á la gran familia americana á que en realidad pertenecen; pero encuentro alguna diferencia entre su fisonomía y la de todas las demás tribus que hasta ahora he visto. Formal generalmente y austero, de carácter entero, indican honrada rudeza ó feroz determinación. Sus largos cabellos negros, sus facciones graves y bien determinadas, su tinte obscuro, me recuerdan los retratos antiguos de Jaime I. Aquí no se encuentra ya aquella humilde cortesía tan común en Chiloé; algunos individuos os dirigen un «mari-mari» (buenos días) demasiado brusco, pero la mayor parte no intentan siquiera saludar. Esta independencia se debe sin duda á sus largas guerras con los españoles y á las numerosas victorias que sólo ellos, entre todos los pueblos de América, han sabido obtener sobre los europeos.

Pasé una tarde muy agradable hablando con el cura; es un excelente sujeto, muy hospitalario; viene de Santiago y ha logrado rodearse de ciertas comodidades. Ha recibido alguna educación, y lo que más le molesta es la falta de sociedad que aquí hay. ¡Triste debe ser la vida de este hombre que no tiene gran celo religioso, y á quien faltan ocupación y objeto! Al volver á Valdivia, al día siguiente, nos encontramos siete indios muy salvajes. Algunos de ellos son caciques que acaban de recibir del gobierno chileno el salario anual, premio de su fidelidad. Son buenas gentes, pero ¡qué caras tan téticas! Van unos detrás de otros, abriendo la marcha un viejo cacique que parece el más borracho de todos á juzgar por su excesiva gravedad y por la inyección de su rostro. Poco antes se nos habían reunido dos indios que vienen de muy le-